

CANTO XXVIII

Se describe el deforme y horrible espectáculo del noveno saco, donde son castigados los que siembran civiles disturbios y discordias religiosas en la humana familia. Esos pecadores tienen mutilados y despedazados espantosamente sus miembros; los cuales, tan pronto como vuelven á unirse y componerse, son rotos otra vez por un demonio encargado de hacerles sufrir esta feroz alternativa. También se hace mención de varios personajes que fueron causa de lamentables divisiones.

¿Quién con holgura de palabra airosa
pintar podría, y con cabal semblanza,
cuanto yo vi de lлага sanguinosa?

Á empresa tan difícil, ¿quién se lanza,
sin miedo al pobre idioma, y á la mente
que escenas tales á abarcar no alcanza?

Si á juntarse llegara cuanta gente
con su sangre larguísima la tierra
de la Apulla infeliz regó doliente

so el patricio Romano, y en la guerra
que de tantos anillos le despoja;
como cuenta aquel Libio que no yerra;

y la que á muerte dolorida arroja
la lucha pertinaz contra Guiscardo³,
y aquella cuyos huesos aun aloja

el Caperano³ allí donde bastardo
huyó el Pullés; y cuanta en Tallacoso⁴
destrozó sin combate el viejo Alardo;

y junta ya, mostrara el lastimoso
cuadro de sus heridas, diera indicio
leve, por cierto, del horrendo foso.

Jamás he visto, en su postrer desquicio,
tonel despedazado, de la suerte
que á uno vi de la barba al orificio.

Sobre los pies los intestinos vierte:
enseña el corazón, y el triste saco
que cuanto traga en fetidez convierte.

Mientras le observo entre el ambiente opaco
me mira; y con las manos se abre el pecho:
—Ve á Mahoma (diciendo): así yo aplaco

mi destrozo y dolor; y á corto trecho,
y con el cráneo hasta la nuca hendido,
va Alí⁵ delante, en lágrimas deshecho;

y cuantos aquí ves que han impelido
de escándalo y discordia á infausta liza,
así purgan el crimen cometido.

Un diablo más allá nos cismatiza
con hacha aguda, en tan horrendo estilo,
que hace en todos, cual ves, sangrienta riza.

Así damos la vuelta al negro asilo,
y vuelve ya cerrada toda herida,
cuando tornamos de su acero al filo.

Mas tú, ¿quién eres en la roca erguida
así al aguaito acaso, de la pena
por retardar la furia merecida?—

—Ni ha muerto aún, ni culpa le condena
(respondió mi rector), sino á ilustrarle
de cuanta aquí se mira triste escena,

á mí, que muerto estoy, toca llevarle
por los giros del Orco macilento;
y, en prueba de verdad, podéis hablarle.—

Así que esto le oyeron, más de ciento
páranse á verme, y el no visto caso,
el pasmo les alivia del tormento.

—Pues tú, que al mundo volverás acaso,
di á fray Dolcín⁶ que si seguirme en breve
no quiere aquí, provea que no el paso

le cierre, sin vituallas, la alta nieve,
y la victoria alcance el de Novara,
de otro modo á su esfuerzo no tan leve.—

Mahoma así me dijo, cuando alzara
la planta á caminar; y aquí asentóla,
y en su penoso andar ya más no para.

Otro, que agujereada trae la gola,
y la nariz cortada hasta la ceja,
y al que una triste oreja queda sola,

y era de aquellos que suspensos deja
el pasmo, antes que nadie abrió la caña⁷,
que toda estaba en lo exterior bermeja:

Y—¡Oh tú (dijo) á quien es la pena extraña,
y al que en la cara tierra vi latina,
si semejanza grande no me engaña!

No á Pedro olvides ya, de Medichina⁸,
si tornares á ver el dulce llano
que de Vercelio á Marcabón declina⁹;

y á los dos que más dignos hay en Fano,
hazles saber, á Guido y Anyolelo
(si nuestro predecir aquí no es vano),

que macerados se verán sin duelo,
y arrojados al mar junto á Católica,
por traición de un tirano¹⁰, horror del suelo.

Jamás crimen ni astucia tan diabólica
entre Chipre y Mallorca vió Neptuno,
ni de pirata ni de gente Argólica.

El vil que de sus ojos ve por uno¹¹
y el país rige, para el cual ser ciego
de los que andan aquí quisiera alguno¹²,

los llamará para tratar, y luego
hará que contra el viento de Foscara¹³
ya no hayan menester voto ni ruego.—

Y yo le dije:—Muéstrame y declara
si quieres que de ti dé al mundo cuenta,
quién, por no ver á Rímini, cegara.—

La mano entonces en la quijada asienta
de un cofrade, y abriéndole la boca,
grita:—Vele: su voz ya nunca alienta,

porque en César las dudas él sofoca,
enseñándole vil *que al preparado*
*siempre perjuicio en aguardar le toca*¹⁴.—

¡Oh cuánto allí me pareció aterrado
(la garganta de lengua ora vacía)
Curión, que en su decir fué tan osado!

Y uno, que de ambas manos carecía,
los muñones alzando al aura fosca,
de los que sangre al rostro le caía,

gritó:—También te acordarás del Mosca
que dijo: *tiene fin cosa empezada*¹⁵,
de que hubo tanto mal la raza Tosca.—

Y añádle: *Y tu estirpe fué segada;*
con que, uniendo á su pena angustia nueva
cual persona se fué desatentada.

Yo, fijo allí, sin que los ojos mueva,
vi una cosa que diérame pavora
de referirla sólo, sin más prueba;

mas la conciencia asísteme, segura
compañera que al hombre hace valiente,
bajo el escudo de sentirla pura.

Cierto, yo vi, y aun viendo está mi mente,
á un busto sin cabeza ir caminando,
como los otros de la grey doliente.

Del cabello llevábala colgando
en sus manos, á guisa de linterna:
con ella nos miraba:—*¡Aymé!*—(exclamando)

y de sí propio haciéndose lucerna,
se divide uno en dos: ¡misterio horrible
do tal se ostenta la justicia eterna!

Cuando del puente al pie llegó terrible,
paró, y el brazo alzó con la cabeza
para acercar su voz lo más posible,

y dijo:—¡Oh tú que, vivo, la crudeza
de las penas vas viendo de los muertos,
mira si alguna ves de más fiereza!

Sabe, porque allá des relatos ciertos,
que soy Bornio Beltrán¹⁶, quien los infeles
consejos al rey Juan dió descubiertos.

Hijo y padre entre sí torné crueles,
cual dividió, con arte fementida,
á David y Absalón Aquitofeles.

Por apartar personas tan unidas,
ora ¡aymél mi cerebro se divide
de este tronco¹⁷, principio de su vida;
y así la pena del Talión me mide.—

CANTO XXIX

Se adelantan los Poetas al saco décimo, que es donde están los falsificadores que por medio de la alquimia imitaron los metales. Allí se les castiga haciéndoles padecer, tendidos por tierra y unos sobre otros, enfermedades penosísimas y repugnantes. Habla DANTE con Grifolino de Arezo, y reconoce á Capoco, su antiguo condiscípulo de Filosofía.

Tanta gente y dolor, y herida fiera
tiene en llanto mi vista tan nublada,
que parar á verterle bien quisiera.

Mas Virgilio me dijo:—La mirada
¿por qué sigues fijando tan atenta
en la mísera grey despedazada?

No en ver los otros sacos fué tan lenta:
¿vas éste á numerar? La val malina
millas veintidós mil de giro cuenta.

Ora la luna á nuestros pies camina¹:
corto es el tiempo ya que nos han dado,
y harta cosa hay que ver, y no mezquina.—

Y yo al punto:—Si hubieras tú pesado
de la atención que extrañas el motivo,
pronto habríasme acaso disculpado.—

En esto él parte, y yo detrás activo,
dándole así, seguía, mi respuesta:
—Dentro de esa mansión de dolor vivo,

do la vista tenía inmóvil puesta,
creo que un triste, de mi sangre, llora
el delito fatal que tanto cuesta.—

Y respondió el maestro:—Ven ahora
tu mente á fatigar con otro duelo,
y ese en el suyo allá quede en mal hora;

que ya le he visto, al pie del puentezuelo,
con el dedo apuntar y amenazarte,
y le oí nominar Geri-del-Belo².

Tú tan curioso estabas de informarte
del que un día fué dueño de Altafuerte,
que pasó, sin tú verlo, hacia otra parte.—

—¡Oh caro guía! La violenta muerte
(le respondí) que aun yace sin venganza
de aquellos á quien mancha su ímpia suerte,

inflama su desdén y así le lanza
á pasar sin hablarme, á lo que entiendo;
y mayor mi piedad por eso alcanza.—

De este modo llegamos discurriendo
hasta el alto do el val nos descubriera,
si gozara más luz, su abismo horrendo.

Cuando de *Malos sacos* la postrera
cárcel á nuestros pies sus recludos
miseros á la vista nos pusiera,

punzaronme cual dardos mil gemidos
con fina punta de piedad ferrada,
y ambas las manos puse en mis oídos.

No de julio á septiembre acumulada
de Valdequiana³ ven los hospitales
dolencia tal y tanta, ni aun sumada

de Marema y Cerdeña con los males:
ni da podrido miembro hedor tan vivo,
cual sube de estos ánditos fatales.

Bajamos por la izquierda el largo estribo
hasta el final de la silícea ristra;
y mi mirar, entonces más activo,

penetró al interior, do la ministra
justicia inmoble de la suma alteza
castiga al impostor que allí registra⁴.

No causara, al mirarle, tal tristeza
de Egina⁵ el pueblo enfermo, mustio y yerto,
cuando el aire infestó tanta impureza

que hasta el menor gusano cayó muerto,
produciendo después la antigua gente
(según altos poetas dan por cierto)

de hormiga breve la sutil simiente,
cual ora ver, por la región morbosa,
en grupos padecer la grey doliente.

Aquél sobre la espalda de uno posa:
éste, de otro en el vientre: esos, gateaban
con torpe arrastre por la triste fosa.

Nuestros pies, mudo el labio, caminaban
lentos, y yo observando á los cuitados,
que en vano alzar sus cuerpos intentaban.

Y á dos, dándose apoyo, vi sentados
(cual olla en cuyo hervor se tiene empeño)
de alto á bajo de costras empedrados.

No vi garzón, por combatir su sueño,
tan ligero mover la almohaza dura,
cuando ya su caballo aguarda el dueño,

como vide á este par, con gran presura,
clavar en sí las uñas, por la amarga
horrible picazón que atroz le apura:

uñas que esparcen la leprosa carga,
cual cuchillo la escama del Escaro,
ó de otro pez que téngala más larga.

Y á uno de ellos le dijo el guía caro:
—¡Oh tú, que con los dedos tenaceas
tu propia carne, con vigor tan raro!

Dime si yace entre las turbas reas
algún latino; así la uña te baste
al trabajo eternal en que la empleas.—

—Latinos los que ves en tal contraste
somos los dos (le dijo uno llorando):
y tú, ¿quién eres que saberlo ansiaste?—

Y el maestro:—Soy uno que bajando
á éste que vivo está, de hueco en hueco,
todo el reino infernal le voy mostrando.—

Aquí el mutuo sostén faltando en seco,
Á mí los dos se vuelven tambaleantes,
con otros más, á quien llegó aquel eco.

Y el buen guía ajuntó nuestros semblantes,
diciendo:—Á preguntarles ora acorre.—
Y empecé yo (y el rostro aparta él antes):

—Así en el primer mundo no se ahorre
el nombre vuestro, y de la humana mente
por soles infinitos no se borre,

que me digáis quién sois y de qué gente,
sin que ese mal inmundo y aflictivo
descubrirme os impida vuestra frente.—

Y uno dijo⁶:—Lanzóme al fuego vivo
Alberto Sienés: mas no aquel fallo
del suplicio que sufro es el motivo.

Que le dije, por juego, no te callo,
que á volar por los aires me atrevía,
y él, consentido, necio, por lograrlo,

quiso que le enseñara ese arte mía;
y por hacerle Dédalo, á la hoguera
me mandó quien por hijo le tenía.

Mas de las fosas diez en la postrera,
porque ejercí la alquimia, aquí me afana
de Minos la implacable ley severa.—

Y al vate dije yo:—¿Gente más vana
que la Sinense has visto? En lo orgulloso
(aunque lo es tanto), ni el francés les gana.—

Con lo que el otro⁷ que me oyó, leproso:
—Cierto (me respondió) fuera de Etrica⁸,
que tanto fué en gastar parsimonioso.

Y de Nicolo⁹, que la *Entrada-rica*
usó el primero del Giroflo indiano,
cuya especie en su huerto bien radica.

Y de la tropa¹⁰ en que Cachán de Ascano
sus viñas, bosques y heredad fecunda,
y en que Aballato honró su juicio sano.

Mas porque sepas tú quién te secunda
contra el Sienés, la vista aguza un poco;
con que, en mi rostro, que la lepra inunda,

llegues á descubrir que soy Capoco,
que imité los metales con alquimia;
y recuerda (si aquí no te equivoco¹¹)
que á natura copié con arte nimia.

CANTO XXX

En este décimo saco sufren otra forma de castigo los falsificadores, según sus clases. Son los primeros los que falsificaron en sí otra persona, los cuales, agitados de la furia, corren impetuosos mordiendo á cuantos encuentran. Siguen los que falsificaron la moneda, quienes padecen hidrónicos los horrores de la sed, mostrándose entre ellos á los viajeros el maestro Adam de Brescia; y finalmente vienen los que falsificaron la palabra: esto es, que mintieron, por lo que sufren allí una ardentísima fiebre. Acaba el canto con un cómico altercado entre Adam y el embustero Sinón, que aconsejó la introducción del caballo dentro de los muros de Troya.

En el tiempo en que, airada por Semele¹,
arde en Juno el furor que hacia el Tebano
una y cien veces tímida la impele,

loco vióse Adamante², y tan insano,
que hallando á su mujer y á sus dos hijos
que arrastraba, infeliz, con cada mano,

gritó:—La red se tienda, y los vedijos
cojamos de cachorros y leona.—
Y, la garra y la vista en ellos fijos,

á Leandro, el más joven, aprisiona,
y le aplasta feroz contra una peña:
ella al mar con el otro se abandona.

Y cuando el Hado, por lección, enseña
del rey y reino de Ilión la altiva
grandeza que entre ruinas se despeña,

Hécuba triste, mísera y cautiva
así que muerta á Polixena vido
y halló ¡infeliz! del mar junto á la riba

de Polidoro el cuerpo, dió un ladrido
como de can; que en pena tan tirana
se le torció la mente y el sentido³.

Mas no saña Ilionea ni Tebana
impulsó á nadie con ardor tan fiero
sangre á verter de brutos, que no humana,

cual la que en dos, desnudo el cuerpo entero,
vi que corrían ciegos, mordiscando
como lechón que escapa del porquero.

Y uno á Capoco el nudo atarazando
del cuello, tiró dél tan vigoroso,
que el duro suelo hirió su vientre blando.

Y el Aretín⁴, que queda tembloroso,
díceme:—Ese foletto es Juan Esquico⁵,
y, cual ves, contra todos va rabioso.—

Y exclamé:—Que me digas te suplico
quién es el otro: en tanto que aquí sea;
¡así puedas librarte de su hocico!—

Y respondiíme:—Es esa el alma rea
de Mirra⁶ antigua, que de amor nefando
impulsos torpes en su padre emplea.

Ella á pecar con él llegó, imitando
en su persona misma ajena forma,
cual hizo ese otro que allá ves penando⁷;

que á fingirse Donati se conforma,
porque le den la flor de la yeguada,
á falso testamento dando norma.—

Luego que ambos pasaron, la mirada,
que en ellos hasta entonces puesto había,
fijéla en otros de la vil manada.

Y uno vi que un laúd parecería,
si dividida fuera su persona
por do el tronco en dos ramas se desvía⁹.

La hidropesía grave que amontona
desigual los humores encubiertos,
y el vientre de la faz desproporciona,

los dos labios tener le hacía abiertos
cual hético que el uno caer deja
y alza el otro, de sed entrambos yertos.

—¡Oh vosotros de quien el saco aleja,
no sé por qué, la pena que me azota!
Ved (nos dijo) la angustia que me aqueja.

Ya soy maese Adam⁹: de mí remota
fué en vida la escasez: lo obtuve todo,
y ora ansío ¡infeliz! de agua una gota.

Los arroyuelos, que de sierpe á modo
van al Arno del verde Casentino,
en fresca cinta, ó bullidor recodo,

tener siempre delante me imagino;
y su vista me seca y me fatiga,
más que este mal, que abrárame contino;

y la rígida ley que me fustiga,
con mostrarme el lugar en que he pecado,
llanto mayor á derramar me obliga.

Ese es Romena¹⁰, do el metal sellado
fingí con el Bautista, en liga blanda,
por lo que el cuerpo allí dejé quemado.

Mas si aquí viera el ánima nefanda
de Alejandro, á su hermano, ó bien á Guido,
no diera vista tal por Fuentebranda¹¹.

Uno dentro ya está, si no han mentido
éstos á quien hablar, cercanos, puedo:
más ¿qué? ¡si atado el cuerpo está y rendido!

Si á avanzar en cien años sólo un dedo
fuera mi estado mísero conforme,
ya estuviera arrastrándome sin miedo;

y le buscara entre la grey deforme,
aunque once millas de circuito apura,
y de ancho la mitad la fosa enorme.

Por ellos sufro entre esta vil basura:
ellos me hicieron acuñar florines
do quilates hay tres de ligadura.—

Y dije yo:—¿Quién son esos malsines,
que, cual mano mojada en pleno invierno,
humean en unión á esos confines?—

Y él:—Aquí los hallé cuando á mi infierno
caí; de entonce acá yacen inmóviles,
y ese será tal vez su estado eterno.

Él es Sinón¹² el Griego, el de artes nobles,
y ella de Putifar la infame esposa:
su fiebre es la que da sus humos dobles.—

Sinón, que oyó de sí tan oprobiosa
noticia dar, el puño bien cerrado
descargóle en la dura panza acuosa:

esa tronó como atambor golpeado;
y en la faz maese Adam le dió imprevisto
otro que no sonó menos pesado,

diciéndole después:—Aunque no insisto
ora en moverme en hinchazón tan fiera
para este oficio el brazo aun tengo listo.—

Y él respondió:—Cuando ibas á la hoguera
no movíasle así: pero ¡cuán presto
cuando acuñabas los florines era!—

Y el maese:—Verdad dices en esto:
mas tú no tan veraz te presentaste
cuando en Troya el caballo entró funesto.—

—Yo la verdad, y el oro tú falseaste
(dijo Sinón): mas yo pasé este limen
por un yerro; y por mil tú aquí bajaste.—

—Dentro las armas del caballo gimen:
óyelas (grita el de la panza fuerte);
lo notorio te apene de tu crimen.—

—Y á ti la arsura de tu labio inerte
(le dijo el griego) y la podrida aguaza
que te hincha el vientre que te impide el verte.—

Y el platero:—Prosigue y despedaza
la lengua en maldecir, que en ti ya es viejo;
que si sed tengo y agua me embaraza,

la fiebre á ti mudar te hace el pellejo,
y no te harías de rogar muy largo,
por lamer de Narciso¹³ en el espejo.—

Yo de todo me hacía atento cargo,
cuando fuerte el Maestro dijo:—Mira,
no sé cómo contigo no me amargo.—

Cuando vi que me hablaba así, con ira,
vergüenza tanta perturbóme el juicio,
que aun el recuerdo por mi mente gira.

Y como aquel que sueña algún perjuicio,
y soñando, también soñar ansía
que lo que es realidad sea artificio,

así yo, no pudiendo hablar, quería
disculparme, y á la fe me disculpaba,
no creyendo por cierto que lo hacía.

—Culpa más grande que la tuya lava
(dijo el guía) el rubor que tú has mostrado;
y así del todo de afligirte acaba.

Y cual si fuere yo siempre á tu lado,
no olvides, si otras veces aun tropiezas
con gente hundida en semejante estado,
que es gusto bajo el escuchar bajezas.—